



*La pata de mono
y otros cuentos macabros*
W. W. JACOBS

William Wymark Jacobs nació en Londres el 8 de septiembre de 1863, y aunque hoy es recordado sobre todo por ser el autor de *The Monkey's Paw* (*La pata de mono*) —una pieza perfecta e irreplicable de la literatura de terror, donde la premonición y la fatalidad interpretan una desenfrenada danza macabra—, fue considerado en su tiempo como el mejor escritor de humor en lengua inglesa. Sus primeros trabajos aparecieron publicados en la modesta revista *Blackfriars Magazine*, sufragada por el departamento de Correos donde trabajaba. En 1896 aparece su primera colección de historias cortas, *Many Cargoes*, y se convierte en un éxito inmediato. La crítica coincidía en que el nuevo autor sabía administrar a la perfección la dosis justa de emoción en sus cuentos. Los relatos de terror aquí reunidos hacen gala de un lenguaje tan directo como efectivo: la minuciosa descripción queda relegada en favor de la fluidez de la trama, y el autor parece disfrutar desconcertando al lector siempre con un final inesperado. Los cuentos de Jacobs van más allá del terror, como dijo Chesterton, para ser, sencillamente sobrecogedores. El terror adopta en estos relatos una forma cotidiana, y surge en la vida de sus personajes convertido en obsesión, remordimiento o en oscura premonición de un destino trágico, lo cual los hace más verosímiles y cercanos.

NOTICIA SOBRE EL AUTOR

William Wymark Jacobs nació el 8 de septiembre de 1863 en Londres y pasó buena parte de su infancia en Wapping, ciudad en la que había sido destinado su padre como administrador del puerto, y donde vivió de cerca el ambiente mariner, ambiente que tan espléndidamente recrearía en muchos de sus relatos futuros.

Jacobs estudia en diversas escuelas privadas antes de ganar una oposición a funcionario de la Dirección General de Correos inglesa cuando sólo tenía dieciséis años. Asumió este cautiverio como precio de su seguridad y trató de hacerlo más llevadero escribiendo artículos y relatos humorísticos, más acordes con su vocación de escritor, que se iban publicando, sin ninguna repercusión, en el *Blackfriars Magazine*, revista que editaba un grupo de aficionados subvencionada por el departamento de Correos donde trabajaba. Desde los veintitrés a los treinta y un años publicó con escaso beneficio cientos de artículos y relatos breves para revistas poco conocidas y para prensa de gran tirada, pero siempre con seudónimo o con iniciales, lo que no contribuyó a darlo a conocer. Finalmente, el olfato literario del escritor Jerome K. Jerome detectó el talento de Jacobs y publicó algunos de sus cuentos en *To-Day*, la revista que editaba, consiguiendo que su descubrimiento fuera aplaudido por un gran número de lectores.

Su primera colección de relatos, *Many Cargoes*, aparece en 1896 y enseguida se convierte en un gran éxito que merece los elogios de la prensa especializada. Pero Jacobs no abandona su trabajo en Correos y sigue escribiendo relatos. Al año siguiente, animado por el impacto de su primer libro, publica *The Skippers' Wooing*, y un año después, *Sea Urchins*, dos colecciones de relatos, como *Many Cargoes*, en los que abunda el humor y las gentes del mar. La prestigiosa revista *The Strand Magazine*, que por aquel entonces daba a conocer a autores como Conan Doyle con su serie de aventuras del excéntrico detective Sherlock Holmes, le abre las puertas y comienza a publicar muchos de sus relatos. Sólo entonces, a la vista del prometedor cariz que adoptaba su carrera literaria, decide abandonar el empleo en Correos y dedicarse por entero al periodismo y la literatura. Poco a poco se va convirtiendo en un escritor celebrado que frecuenta las animadas tertulias literarias de Londres, en las que, a pesar de la descripción de Evelyn Waugh, que lo encuentra algo demacrado y con mirada melancólica, llega a ser coronado como el rey del relato humorístico y un maestro de la narración breve en general. Jacobs escribió diecisiete obras dramáticas en colaboración, aportando numerosos gags y situaciones, y se casó con una muchacha galesa, comprometida sufragista y mucho más joven que él, con la que no fue muy feliz.

En 1931 aparece el volumen *Snug Harbor*, que reúne todos sus relatos, publicados en libros o en revistas, y entre ellos *La pata de mono* (*The monkey's paw*), publicado originalmente en 1902, relato que a la postre le reservaría un hueco propio en la frágil memoria de la posteridad, olvidando, paradojas del destino, su gran talento como humorista. En efecto, pues *La pata de mono* no sólo es una obra maestra de «terror cotidiano», conocida por todo aficionado al género, sino que difícilmente encontraremos una buena antología de relatos de terror que no lo incluya desde entonces.

Jacobs murió el 1 de septiembre de 1943 en un asilo de ancianos de Londres.

La presente antología reúne, junto con el mencionado *La pata de mono* que da título al volumen, una selección de los mejores relatos macabros y de terror (más que de terror, sobrecogedores, como diría su contemporáneo y admirador G. K. Chesterton) de W. W. Jacobs, en los que un lenguaje directo y eficaz, y una magistral agilidad y economía narrativa contribuyen a capturar la atención del lector, para acabar sorprendiéndole a menudo con un final inesperado. El Mal, como en toda antología de terror que se precie, está presente en estos relatos —así como algunas pinceladas de un humor muy personal que recuerda por momentos al genial Ambrose Bierce—, pero no espere encontrar el lector de este volumen tan sólo sus habituales manifestaciones sobrenaturales: fantasmas, diablos, etc. El Mal adopta a menudo en estos cuentos la forma más cotidiana de la obsesión, del remordimiento, de la oscura premonición de un destino trágico, y este nuevo disfraz lo convierte en algo mucho más familiar y cercano que logra estremecernos.

LA PATA DE MONO

(The Monkey's Paw, 1902)

I

Mientras afuera la noche era fría y húmeda, en el interior de la pequeña sala de estar de Laburnam Villa las ventanas se hallaban bien cerradas, las persianas echadas, y el fuego resplandecía vivamente en la chimenea. Sentados a una mesa, el dueño de la casa y su hijo disputaban con aire solemne una partida de ajedrez. De los dos, el primero, convencido de que la clave de aquel juego consistía en cambiar continuamente de estrategia para desconcertar al rival, llevaba ya rato poniendo a su rey en una serie de situaciones tan comprometidas e innecesarias que en más de una ocasión había provocado algún que otro comentario en la anciana de cabellos blancos que, cómodamente instalada junto al fuego, fingía estar enfrascada en su labor de punto.

—¡Shhh! ¡Escucha! ¿Te has dado cuenta de cómo sopla el viento esta noche? —dijo de repente Mr. White, quien, habiendo descubierto demasiado tarde el tremendo error que acababa de cometer con su último movimiento, pretendía distraer a su hijo.

—Hace rato que lo escucho, papá —respondió el otro examinando el tablero con rostro ceñudo y alargando el brazo para mover una pieza—. Jaque...

—No creo que nuestro invitado venga esta noche —se apresuró a decir su padre con una indecisa mano suspendida sobre el tablero.

—... mate —concluyó el hijo.

—¡Eso es lo peor de vivir tan lejos de la ciudad! —exclamó entonces Mr. White perdiendo súbita e inesperadamente los estribos—. De todos los lugares que hay en este mundo para vivir apartado de los demás, éste es el peor de todos. Cuando la carretera no está inundada, se encuentra hecha un barrizal. No sé en qué demonios estarán pensando las autoridades para no ponerle remedio de una vez por todas a esta situación. Supongo que lo que ocurre es que, como en esta zona no vivimos más que unas pocas familias, a nadie le importamos un comino.

—No te sulfures, querido —le dijo suavemente su esposa—. Ya ganarás en otra ocasión.

Mr. White levantó la vista bruscamente justo a tiempo de sorprender una mirada de complicidad que en aquel momento cruzaban madre e hijo. Sus palabras de protesta no llegaron a salir de sus labios, pero al menos logró ocultar una delatora sonrisa entre la enmarañada espesura de su barba.

—Ahí lo tenemos —le dijo Herbert White a su padre cuando la verja del jardín, impulsada por el viento, se cerró de un portazo y unos pesados pasos se acercaron a la casa.

El anciano se levantó y se dirigió hacia la puerta para recibir al recién llegado. Unos segundos más tarde, tras pronunciar unas cuantas frases de bienvenida, Mr. White regresó a la sala de estar en compañía de un corpulento caballero de ojos brillantes y rostro rubicundo.

—Os presento al brigadier Morris —dijo escuetamente Mr. White a manera de presentación.

Tras estrecharle la mano a Mrs. White y a Herbert, el recién llegado tomó asiento en la silla que le fue ofrecida junto a la chimenea y observó complacido la acogedora habitación mientras su anfitrión sacaba de una alacena una botella de whisky y unos cuantos vasos y ponía sobre el fuego una pequeña tetera de cobre.

Hubo de llegarse al tercer vaso de whisky para que, una vez superada la primera timidez, el brigadier, con los ojos cada vez más brillantes, comenzase a hablar con mayor libertad. La familia White, mientras tanto, dispuesta frente a él formando un pequeño semicírculo, contemplaba con creciente interés a aquel visitante llegado de lejanas tierras conforme éste, sentado muy tieso en su silla, iba relatando todo tipo de historias y anécdotas curiosas acerca de guerras, plagas y gentes extrañas.

—Veintiún años lleva el brigadier en esas tierras —dijo al cabo de un rato Mr. White mirando afablemente a su mujer y a su hijo—. Cuando se marchó no era más que un chiquillo. Ahora, en cambio, mirad en lo que se ha convertido.

—Pues el cambio no parece haberle sentado nada mal —dijo cortésmente Mrs. White.

—Cuánto me gustaría ir a la India —musitó el anciano—. Sólo para ver cómo es aquello, ya me entendéis.

—Si yo fuese usted, preferiría quedarme donde está —repuso el brigadier soltando un suspiro y dejando su vaso vacío sobre la mesa.

—Pero a mí me gustaría tanto poder ver con mis propios ojos todos esos templos antiguos... Y también a los faquires y a los encantadores de serpientes... —replicó el anciano—. Por cierto, Morris, ¿cómo era aquello que comenzó usted a contarme el otro día acerca de una pata de mono o algo parecido?

—Nada —se apresuró a responder el brigadier—. Al menos, nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de mono? —preguntó Mrs. White, llena de curiosidad.

—Bueno, en realidad no se trata más que de un pequeño ejemplo de lo que ustedes, aquí en Occidente, llamarían simplemente «magia» —respondió el brigadier con cierta brusquedad.

Los tres oyentes, visiblemente interesados, se inclinaron hacia adelante para poder oír mejor. Su invitado, mientras tanto, se llevó distraídamente el vaso a los labios sin darse cuenta de que se hallaba vacío. En cuanto descubrió su error, volvió a dejarlo sobre la mesa con un gesto de contrariedad y Mr. White, solícito, se apresuró a llenárselo.

—A simple vista —explicó el brigadier hurgando en uno de sus bolsillos— no es más que una simple pata de mono momificada.

Dicho lo cual, se sacó del bolsillo el objeto en cuestión y lo sostuvo en su palma abierta para que los demás pudieran contemplarlo. Al posar sus ojos sobre él, Mrs. White se echó hacia atrás con una mueca de disgusto, pero su hijo, en cambio, lo cogió y comenzó a examinarlo con atención.

—¿Y qué es lo que tiene de especial? —preguntó Mr. White tras tomar la pata de manos de su hijo, observarla durante unos segundos y dejarla a continuación sobre la mesa.

—Hubo una vez en la India un viejo faquir que le lanzó un conjuro a esa pata —explicó el brigadier—. Se trataba de un santo muy respetado en aquellas tierras que pretendía demostrar, por un lado, que el destino determina irremediablemente la vida de las personas y, por otro, que aquellos que intentan luchar contra su destino acaban siempre malparados. El conjuro en cuestión permite que tres hombres distintos tengan la posibilidad, cada uno de ellos, de pedirle a esa pata hasta tres deseos.

Su forma de hablar resultaba tan cautivante y turbadora que a sus tres oyentes se les congeló la sonrisa en el rostro.

—En ese caso, ¿por qué no pide usted tres deseos? —propuso Herbert White con tono ligeramente burlón.

El militar se volvió hacia él y le dirigió una de esas explícitas miradas que un hombre de mediana edad acostumbra dirigir a todo joven presuntuoso.

—Porque ya lo he hecho —se limitó a decir mientras su rostro de piel curtida empalidecía de repente.

—Esa historia parece sacada de *Las mil y una noches* —dijo Mrs. White levantándose para poner la mesa—. Por cierto, ¿por qué no pedís cuatro pares de manos para mí? No me vendrían nada mal a la hora de hacer las tareas de la casa.

Dispuesto a continuar con la broma de su mujer, Mr. White se apresuró a coger la pata de mono de la mesa y abrió la boca para pedir el deseo. Pero, al ver la expresión alarmada que acababa de aflorar al rostro del brigadier, se echó a reír súbitamente.

—Si va usted a pedir algún deseo —dijo entonces con brusquedad el militar cogiendo del brazo a su anfitrión—, asegúrese primero de que lo que desea sea algo razonable.

Sin darle importancia a la aspereza con la que el brigadier le acababa de hablar, y sin pensar en lo que hacía, Mr. White se metió sin más la pata de mono en el bolsillo y, tras disponer unas sillas alrededor de la mesa, invitó a su amigo a tomar asiento en una de ellas. Durante la cena apenas se habló de aquel extraño talismán, y una vez acabada la misma, los White permanecieron sentados largo rato escuchando embelesados muchas otras de las aventuras que aquel singular personaje había protagonizado durante su estancia en la India.

—Si esa historia de la pata de mono tiene tanto de verdad como todas las demás historias que ese hombre nos ha contado esta noche —dijo Herbert una vez que la puerta de la casa se hubo cerrado tras el brigadier, quien se había marchado con el tiempo justo para tomar el último tren—, me da la impresión de que esa reliquia disecada no nos va a ser de mucha utilidad.

—¿Le diste algo por ella, querido? —preguntó Mrs. White mirando atentamente a su marido.

—Apenas unas pocas monedas, mujer —contestó éste ruborizándose ligeramente—. Al principio se negaba a cogerlas, pero yo le obligué a aceptarlas. Y, ¿a que no sabéis una cosa? Mientras se guardaba el dinero no dejó de repetirme que procurase deshacerme de ella.

—¿Deshacerte de ella? —intervino Herbert fingiendo escandalizarse—. Pero ¿cómo se le ocurre decir algo así justo ahora, que, gracias a esa pata, vamos a ser ricos, famosos y felices para siempre? Yo, para empezar, deseo convertirme en emperador. De esa manera tú, papá, como padre del emperador, podrás poner a mamá en su sitio de una vez y evitar así que ella siga teniéndote completamente dominado.

Envuelto en sus propias carcajadas, Herbert echó a correr alrededor de la mesa seguido de cerca por su madre, quien, escandalizada, blandía en alto una sartén capaz de atemorizar a cualquiera.

Mr. White se sacó entonces del bolsillo la pata de mono y la examinó con curiosidad.

—Lo cierto es que, si tuviese que pedir un deseo, no sabría qué pedir —dijo lentamente—. Creo que ya tengo todo cuanto puedo desear.

—Podrías pedir dinero, papá. Así podrías liquidar de una vez todas tus deudas. Y eso no te vendría nada mal, ¿verdad? —dijo Herbert rodeando a su padre con un brazo—. ¿Por qué no pides doscientas libras? Creo que con eso será más que suficiente.

Ligeramente avergonzado de su credulidad, Mr. White sonrió con timidez y levantó en alto la pata de mono mientras su hijo, tras guiñarle un ojo a su madre, se sentaba al piano con expresión solemne y comenzaba a tocar unos majestuosos acordes.

—Deseo doscientas libras —dijo en voz alta el anciano.

Una soberbia melodía de piano envolvió aquellas palabras. Sin embargo, justo en aquel momento Mr. White profirió un estremecedor alarido que hizo que su esposa y su hijo se precipitasen a su lado.

—¡Se ha movido! —exclamó asustado el anciano mirando con repugnancia la pata de mono, la cual, tras caer de su mano, yacía ahora sobre el suelo—. ¡Os aseguro que se ha movido! ¡Mientras pedía el deseo, se retorció en mi mano como si estuviese viva! ¡Os juro que lo que digo es cierto!

—Lo que sí es cierto es que yo no veo el dinero por ninguna parte —repuso su hijo recogiendo del suelo el talismán y dejándolo sobre la mesa—. Y os apuesto cualquier cosa a que nunca lo veré.

—Debe de haber sido tu imaginación, querido —dijo Mrs. White mirando a su esposo con preocupación.

El anciano, todavía sobresaltado, sacudió la cabeza.

—Bueno, no pensemos más en ello. No quiero que empecéis a creer que me estoy haciendo viejo —dijo—. Seguro que ha sido una falsa impresión. Aunque, por muy falsa que haya sido, eso no quita que me haya llevado un susto de muerte.

Los tres volvieron a tomar asiento frente al fuego y allí permanecieron un buen rato mientras los dos hombres apuraban sus pipas. Fuera, mientras tanto, el viento, que en aquellos momentos soplaba con mayor fuerza que nunca, comenzó a azotar en algún lugar de la casa una puerta mal cerrada cuyos súbitos golpes hicieron que Mr. White diese un respingo. Un silencio tan opresivo como inquietante se apoderó entonces de los tres habitantes de la casa hasta que, finalmente, los dos ancianos decidieron retirarse a descansar.

—Espero que cuando lleguéis a vuestro cuarto os encontréis sobre la cama una gran bolsa llena de dinero —dijo Herbert riendo y agitando una mano en señal de buenas noches—. Y tened mucho cuidado —añadió en tono burlón

—, quién sabe si mientras estáis ocupados llenándoos los bolsillos un horrible monstruo os acecha desde lo alto del armario...

Una vez a solas en la sala de estar, el muchacho permaneció sentado en medio de la oscuridad con la mirada fija en las últimas llamas que danzaban todavía en la chimenea. Mientras sus ojos se hallaban allí clavados, tuvo la impresión de estar viendo en el fuego extrañas formas semejantes a horribles rostros simiescos que parecían salidos de una espantosa pesadilla. En determinado momento la impresión llegó a ser tan real que, riendo nerviosamente, buscó a tientas sobre la mesa un poco de agua que poder arrojar sobre las llamas. Pero, al hacerlo, tocó sin querer la pata de mono y, con un escalofrío, retrocedió bruscamente. Luego, sin dejar de limpiarse la mano una y otra vez en los faldones de su batín, se puso en pie y comenzó a subir lentamente las escaleras que conducían a su habitación.

II

A la mañana siguiente, mientras desayunaba en la sala de estar, Herbert no pudo evitar echarse a reír de los temores que le habían acosado la noche anterior. En la estancia, inundada ahora por la hermosa claridad del sol invernal, se respiraba un aire fresco y saludable que unas horas antes había brillado por su ausencia. En cuanto a la pata de mono, ésta, momentáneamente olvidada, se encontraba tirada de cualquier manera sobre el aparador. A la rotunda luz del día, su aspecto sucio y arrugado no impulsaba precisamente a creer en las propiedades mágicas que se le atribuían.

—No sé por qué será, pero a mí me da la impresión de que todos los soldados son iguales. A todos les gusta creer en paparruchas —dijo Mrs. White—. ¡Y pensar que anoche

estuvimos a punto de tragarnos semejante sarta de tontearías! ¿Cómo puede uno llegar a creer que los deseos se conceden así como así? Y aunque así fuese, ¿qué daño podrían hacernos doscientas libras?

—¿Quién sabe? A lo mejor, si cayesen del cielo y nos diesen de lleno en la cabeza... —dijo Herbert echándose a reír.

—Morris me dijo que cuando un deseo resulta concedido todo ocurre de la forma más natural —intervino Mr. White—, de tal manera que uno no puede evitar pensar que se trata de una simple coincidencia.

—Bueno, si así fuese, prométeme una cosa, papá: que no tocarás las doscientas libras hasta que yo vuelva del trabajo —dijo Herbert poniéndose en pie—. Mucho me temo que, de no hacerlo así, te convertirías en un avaro y no querías separarte nunca del dinero. Y mamá y yo nos veríamos obligados a quitártelo por la fuerza.

Mrs. White se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas. Luego, poniéndose también en pie, acompañó a Herbert hasta la puerta, se despidió de él y permaneció unos segundos en el umbral contemplando cómo su hijo se alejaba por el camino. Seguidamente, riéndose todavía de la credulidad de su marido, regresó a la mesa. No obstante, a pesar de todas sus risas y burlas, no pudo evitar salir corriendo hacia la puerta cuando el cartero llamó aquella mañana a la puerta, ni hacer un despectivo comentario sobre lo que ella llamó «esos dichosos soldados aficionados a la bebida» cuando vio que el correo de aquel día consistía en una factura del sastre en vez de en un cheque por valor de doscientas libras.

—Estoy deseando oír lo que dirá Herbert cuando vuelva a casa y vea esa factura —dijo mientras ella y su marido se sentaban a comer—. Sólo de imaginármelo ya me estoy riendo.

—Y yo —convino Mr. White sirviéndose un buen vaso de cerveza—. Aunque, de todas formas, digáis lo que di-

gáis, anoche esa cosa se movió en mi mano. Te juro que lo hizo.

—Simplemente te daría esa impresión, querido —dijo su esposa con tacto.

—Si yo digo que se movió es que se movió —repuso el otro—. No estoy hablando de impresiones, sino de hechos. Yo acababa de pedir aquel deseo cuando, de repente... Pero bueno, ¿qué es lo que pasa?

Mrs. White no respondió. Se hallaba demasiado ocupada siguiendo con la mirada los misteriosos movimientos de un hombre que, de pie frente a la entrada del jardín, no dejaba de mirar con aspecto indeciso hacia la casa como si estuviese pensando si debía o no llamar a la puerta. Sin poder evitarlo, asoció mentalmente a aquel extraño con las doscientas libras y reparó entonces en que el sujeto en cuestión no sólo iba muy bien vestido, sino que además llevaba puesto un magnífico y reluciente sombrero que debía de haberle costado una fortuna. Mientras deambulaba frente a la casa, aquel personaje se paró hasta tres veces ante la verja, como dispuesto a entrar, pero otras tantas veces se echó atrás y continuó paseando. Finalmente, al cuarto intento, asió con fuerza la puerta del jardín, la abrió resueltamente de un empujón y echó a andar con paso firme y decidido por el sendero que conducía a la puerta de la casa. Mrs. White, poniéndose en pie al ver cómo el hombre se acercaba, se quitó apresuradamente el delantal, lo escondió bajo el cojín de una silla y acudió a recibir al extraño.

Tras abrir la puerta de un tirón, Mrs. White hizo pasar al recién llegado hasta la sala de estar. Éste, visiblemente incómodo, la miró de soslayo y la escuchó con expresión preocupada mientras la anciana le pedía disculpas por el desorden que reinaba en la casa y por las ropas tan sucias que llevaba puestas su marido, pues, según explicó, eran las que Mr. White solía ponerse cuando se disponía a trabajar en el jardín. A continuación guardó silencio y, con toda la paciencia de la que una mujer es capaz, esperó a que